

Eduardo Frades G., CMF

"En busca de los pobres de Jesucristo"

Gustavo Gutiérrez
y Bartolomé de Las Casas

1. VUELVE A ENSEÑARNOS
A EVANGELIZAR
SANTO, PADRE DE AMÉRICA,
LAS CASAS!

(Pedro Casaldáliga:
Soneto Bartolomé de Las Casas)

Estamos ante la obra más voluminosa, hoy por hoy, de G. Gutiérrez (GG). ¿También ante la más rica y cargada de futuro? Ciertamente es la más atenta a releer el pasado. Y con humildad: no pretendiendo ser juez superior, sino mucho más discípulo y seguidor: pero no de cualquiera o de todos. Hay que elegir entre las voces una, para distinguir las «voces de los ecos»; y la voz del que clama y del sin voz, para «oír la voz de Dios» y no endurecer el corazón ante el dolor ajeno. Con muchos otros, Las Casas (LC) fue en esto maestro y guía: No porque sea un teólogo de la liberación «avant la lettre». Eso sería, nos dice GG, «tomar ingenuamente (o abusivamente) como criterio de discernimiento categorías de hoy... Esta mentalidad es un resultado de la arrogancia del espíritu moderno que se considera la última etapa de la historia... Además, se procede como si sólo ahora el Evangelio nos presentase urgentes requerimientos de justicia. Demandas que en verdad se hallan profundamente ancladas en el mensaje bíblico y en todos aquellos que lo han mantenido vivo... (p.12).

La vida y los escritos de LC estuvieron urgidos «por anunciar debidamente el Reino de Dios, defendiendo la vida y la libertad de aquellos en quienes su fe le hacía percibir a Cristo mismo» (p.15) Por eso «su profundidad les viene de las raíces evangélicas y del modo como LC supo vivir su fidelidad al Señor». Aproximarse a este testigo del amor de Dios en las Indias, implica respetarlo en su mundo, en su época, en sus fuentes, ser lúcido sobre sus límites... Las vertientes liberadoras de la fe están allí, las puede encontrar quien quiera proclamar la Buena Nueva desde los sufrimientos y esperanzas de los pobres». Este sevillano «for-

ma parte de quienes denuncian desde su fe en el Dios del Reino la pobreza y la explotación de las víctimas de la historia» (p.21). Es cierto que LC une reflexión y compromiso histórico; que su teoría y su práctica tratan de caminar unidas; que sabe que su fe incluye el amor eficaz y la justicia histórica; que busca hacer suyo el punto de vista del indio oprimido; y hasta que «une fe y lo que hoy llamaríamos análisis social... para desmontar el «pecado social» de su época» (p. 19): Pero esto, lejos de ser peculiar de LC o nuestro, es una exigencia constante de la revelación. «Según la Biblia, establecer la «justicia y el derecho» en el pueblo judío significa prolongar el acto liberador de Dios que lo sacó de la opresión que vivía en Egipto. Es fidelidad a la Alianza pactada con Dios, ella debe llevar a la plenitud de la vida.. llega a ser equivalente de salvación, vale decir, de la total comunión con Dios y con los demás» (p. 23).

2) EL PENSAMIENTO DE UN
HOMBRE DE ACCION:
BARTOLOME DE LAS CASAS

Este estudio de la vida y escritos de LC, de su testimonio cristiano vivido y reflexionado, lo entiende GG como una «larga marcha»... «que se encuadra en el doloroso y a la vez esperanzado proceso de liberación integral de un pueblo. Este libro quiere ser un jalón más en este itinerario» (p. 25). Frente a quienes ayer y hoy quisieron hacer de él un solitario, un extravagante y fanático defensor de una idea, cuando no un vil calumniador de su propia patria, él es el «centro de una tradición», por haber sabido gritar más alto y más certero el dolor de los indios y la indignación ética de lo mejor de España en aquellos momentos. Ya Juan de Castellanos le cantaba en sus versos: «Un clérigo bendito reverendo / testigo de muy grandes sinrazones/ a quien Dios levantó, según entiendo / por favorecedor destas naciones..../ Cuyo nombre merece ser eterno / y no cubrirse con

oscuro velo / pues procuró de dar tan buen gobierno... Que hizo que hiciesen nuestros reyes / para las Nuevas Indias nuevas leyes... Y en Indias el protervo y el sencillo / tienen justa razón de bendecillo» (Elegía 13, Canto 2) Y la lista de los grandes poetas que lo cantan recubre ambas orillas del Atlántico, de Neruda a J.G. Rose, de Cernuda a Casaldáliga; junto a cientos de dominicos y otros cientos de cristianos, historiadores de España y de otras partes del mundo, hombres y mujeres (Hanke, Bataillon, Giménez Fernández, Carro, M. Martínez, Biermann, Pérez de Tudela, Saint-Lu, Höffner, Friede, Losada, I. Pérez, Cantú, Mahn-Lot, Parish y un largo etc.) hasta culminar en esa alabanza sentida de Gabriela Mistral que lo hace no ya gloria de España o de la cristiandad, sino «un honor del género humano».

Este libro de GG —ya en sí mismo un homenaje a su memoria, que es también la nuestra— pretende ahondar en su inteligencia de la fe, en esa «reflexión teológica vigorosa.., al servicio del anuncio del amor de Dios por toda persona y en especial por los pobres de su tiempo» (p. 28); esos que le han hecho ser testigo «de una Iglesia mayor, de un Dios más cierto» (P. Casaldáliga). Por aquí, como clave de toda su vida teológica y reflexión teológica, empieza GG su relectura de LC. Ese es «el fontano lugar» de donde brota al agua de vida y libertad que lo hace testigo en obras y palabras de las entrañas del «Padre de las misericordias», y hermano solidario «hasta del más chiquito y olvidado» de quien Aquel «tiene la memoria muy reciente y muy viva», como dice LC y gusta repetir muchas veces GG.

La primera parte se centra en esa clave, dividida en tres fases: la muerte prematura de millones de indios, como terrible grito que «clama al Cielo» y baja hasta los hombres capaces de «llorar duelos ajenos»; ese echar la suerte con las víctimas —decisivo ante el juicio de Dios— se vuelve exigencia cristiana para el que tiene la visión de fe que nos da el Evangelio: la presencia de Cristo en los crucificados de la historia. Estos tienen su rostro y su nombre concreto, irrepetible; no son «massa damnata»; ni «homúnculos» de una clase infrahumana, «esclavos por naturaleza» para los señores de turno (antes Grecia, luego España, ayer Europa, hoy USA o el Mercado). Sólo el que cuenta muertos y escucha los clamores de la sangre derramada y la de tantas vidas oprimidas, sabe ponerse en el lugar del pobre, hacer esa opción por los pobres concretos, históricos, hacerse verdaderamente «próximo» de todos los vencidos de la vida. Neruda le cantaba: «...eras / la eternidad de la ternura /

sobre la ráfaga del castigo. / De combate en combate tu esperanza / se convirtió en precisas herramientas»; y luego le pide: «deja en mi corazón el vino errante / y el implacable pan de tu dulzura» (Canto general, IV: Los Libertadores).

De esa ternura vuelta herramienta escrita tratan las otras cuatro partes que se multiplican también por tres capítulos; pero se resumen en dos, como los mandamientos; como los dos pasos dados por la expansión española en América: el «ingreso» de la conquista, y el «progreso» de la encomienda. Y como las dos tareas que incluye su misión: ser el «**protector de los indios**», como su «Go'el» liberador, y ser el «**profeta de los españoles**», que denuncia sus crímenes, intenta abrir sus ojos ante tamaña «ceguedad», y amenaza con tonos catastróficos a la Corte y al pueblo todo de España. Siguiendo líneas temáticas, y de algún modo el curso histórico de sus escritos, GG divide su estudio en doce capítulos. Unos se centran más bien en la **perspectiva del poder**: en su forma más descarada y bruta, la violencia armada («**Evangelizar a lanzadas**») con el tema del «Requerimiento» que ciertamente da para reír y llorar al mismo tiempo; o en formas más sutiles, como las justificaciones jurídicas de la conquista ya hecha («**Un hecho en busca de un derecho**») titula acertadamente GG su reflexión más acendrada sobre los famosos «títulos» de Francisco de Vitoria). En medio quedaría la disputa con el protagonista de la defensa a ultranza del Imperio español, el humanista Juan Ginés de Sepúlveda, más aristotélico que cristiano; o tal vez «cesariano», como diría LC.

Frente a ello está la antítesis de LC, propuesta tempranamente en su primer escrito teológico: «**El único modo**» de llamar a los pueblos a la fe. En esta obra emplea como nunca la Escritura y muy especialmente el **Evangelio y la figura histórica de Jesús**, junto con la misión del Resucitado, la teoría y práctica de la Iglesia, sobre todo la del apóstol Pablo. Aunque parezca una obra serena, principista, abstracta y no encarnada en la dolorosa realidad americana («sólo se consideran las verdades universales», dice Hanke) la verdad es que se trata de la roca más firme de todo el pensamiento lascasiano («una de sus grandes y más aceradas armas de combate», nos dice GG, p. 316): una convicción de fe cristiana, que irá desplegando todo su alcance humanizador a lo largo de sus reflexiones políticas, jurídicas, morales y pastorales. No es la violencia del poder, sino la **fuerza de la Palabra**, el poder de convicción (persuadir la mente y mover la voluntad) que lleve al **consentimiento**, tanto en el

orden de la fe como en el de las relaciones interhumanas. Desde esta perspectiva cristológica, LC tendrá el coraje de abrir nuevas pistas en ese cerrado horizonte escatológico, donde la salvación queda confinada a los límites de la moral y de los sacramentos de la Iglesia. El tradicional «*extra Ecclesiam nulla (est) salus*», le va a quedar corto para valorar la religiosidad indígena y atreverse a ampliar «**el cielo de las Indias**», dada la universal voluntad salvífica del Padre.

Sin análisis marxistas, pero con profunda intuición bíblica, LC ve que el poder no es el mal decisivo. Más al fondo hay otra alternativa, señalada ya radicalmente por Jesús: «No pueden vds. servir a Dios y al Dinero!» (Mt 6,24). No es la muerte del indio lo que sirve a los conquistadores: es el vivir de su trabajo y de sus bienes. El **oro de las Indias** fue el motor más decisivo de descubrimientos y conquistas, de negociantes y aventureros; y hasta de frailes y clérigos, sobre todo si hemos de creer al «Anónimo de Yucay». Las increíbles proezas y los titánicos esfuerzos de los conquistadores tienen como imán y como meta el oro del Dorado, el Potosí peruano y más tarde las minas mejicanas y el azúcar de caña, sacada con el sudor y sangre de los indios de mita y de los negros esclavos arrancados al África. El «progreso de la explotación despiadada de los indios y negros, de la mita y la esclavitud (que han llegado casi hasta ayer, y hoy tiene nuevas formas) es el mal verdadero y ese **mal está en el sistema**». GG vuelve a deshacer aquí esa «**leyenda negra antilascasiana** que pretende culparlo del tráfico de esclavos negros en América. Ciertamente pidió esclavos negros (que ya los había en España) para remediar el trabajo insufrible de los indios. Pero cuando conoció el modo inhumano de hacerlos tales, se arrepintió (tal vez fue el primero en hacerlo) y los puso a la par de las demás víctimas de ese ídolo Mammón, al que servían los europeos.

Aunque LC nunca estuvo en Perú, GG sabe muy bien que en sus últimos años se ocupó especialmente de lo que allí se disputaba. Las Doce Dudas y el «De Thesauris» son la prueba evidente, junto a ser el Procurador de los caciques incas para oponerse a la encomienda perpetua, que piden los conquistadores al rey Felipe II, endeudado en sus guerras europeas sobre todo. Pero incluso después de muerto sigue LC conquistando «el corazón de los más frailes» de aquel virreinato; y el virrey Toledo encarga a su entorno de **falsar la memoria del pueblo** sobre la legitimidad del señorío incaico; y de justificar teológicamente la codicia y la mita, ya que «**sin oro no hay Evangelio**». Y el

buen Dios, en su condescendiente Providencia, habría previsto esa dote tan rica para su fea hija india, que los pretendientes blancos buscarían, trayéndole de paso el Evangelio.

Con la madurez y perspectiva que le han dado las luchas y los años LC va a llegar a las **formulaciones más perfectas de todo su ideario evangélico y por lo mismo profundamente humano y humanizante**: ya no se trata sólo de la vida y el trabajo de los indios; se trata de sus plenos derechos como personas y como pueblos. El derecho a sus propiedades y a sus instituciones, a su libertad y a sus legítimas autoridades. Aquí asoma como nunca la necesidad del **consentimiento** indígena, tanto para las cuestiones económicas como sobre todo para las políticas. Es el fruto maduro de aquella persuasión de la mente y moción de la voluntad que LC vio siempre como absolutamente necesaria para una auténtica conversión a la fe cristiana, y por lo mismo para toda **Evangelización que sea fiel a Jesús** y su camino. Ahora la tarea del Protector de los indios está sobre todo en ser Profeta de los españoles, exigirles la **restitución** de todo lo robado antes y ahora a los indios (incluso lo que ha servido para el culto y el clero) y la reposición de sus autoridades legítimas. Era mucho pedir, como era mucho pedir y hasta soñar ese «Pachacuti» o mundo al revés que pretendía enderezar el bueno de Guamán Poma de Ayala. Con la presentación de este último cierra GG su libro; o mejor con el «**Y dijeron que lo verían**», que sigue siendo la cuestión pendiente, la herida abierta en el Perú y en toda América Latina y en este mal llamado Tercer Mundo.

Para terminar el recuento del libro habrá que decir que aún siguen varias cosas: un apéndice sobre la cuestión demográfica, que, por más discutida que sea, no puede atenuar la tremenda catástrofe que el encuentro produjo en este Nuevo Mundo; y una bibliografía que ocupa unas cincuenta páginas. No falta un índice onomástico, pero sí echaría uno de menos otro de citas de los escritos lascasianos al menos. Y en la edición peruana la novedad de un «retrato auténtico del Padre Las Casas», que sustituye en la de Sígueme el tradicional retrato imaginario de Enguádanos. Por lo demás ambas ediciones son casi coincidentes, salvo pequeños detalles; uno que llama la atención es el olvido de los dos últimos párrafos del capítulo II de la primera parte: **Los Cristos azotados de las Indias** en la edición salmantina; tanto más que uno de ellos estaba ya en ese anticipo del presente estudio que fue el «**Dios o el oro en las Indias. Siglo XVI**», editado por el Instituto

Bartolomé de Las Casas y Cep ya en 1989. ¿O tal vez el editor se quedó impresionado por esa bella frase de Lassegue: «este admirable texto, en su sencillez, expresa una de las cumbres de la espiritualidad del siglo XVI y de todos los siglos cristianos: la identificación de Cristo con el indio martirizado», que GG pasó de la nota a ser texto? (p. 98=106).

3) TODOS LOS QUE VIVEN Y MUEREN EN BUSCA DE LOS POBRES DE JESUS

Quisiera señalar ahora otra pequeña diferencia, esta vez en la dedicatoria del anticipo y del actual estudio. Junto a Vicente Hondarza aparecen ahora **Ignacio Ellacuría y sus compañeros**; esto es cuestión de fechas y de hechos (Los masacraron el 16 de noviembre de 1989); de esos hechos de sangre que marcan el vivir americano actual; de esa sangre de mártires del Reino que nutre vigorosa la vida de esta Iglesia y este pueblo; de esa semilla de esperanza contra toda esperanza en que no triunfará la causa del verdugo sobre la de las víctimas; de esa Esperanza cierta de que el Reino de Dios, ya comenzado en Jesús, sigue actuando en la historia y nos convoca a colaborar en **bajar de la cruz a tantos crucificados todavía en nuestro mundo.**

Y es que en definitiva **este libro está escrito para el aquí y ahora de la Iglesia y del pueblo.** Si se mira la historia pasada, y en ella se centra la mirada en este Santo Padre de América, es para aprender de ese pasado lo mejor de sus valores y prácticas, e incluso para evitar sus errores y límites, en nuestro presente y de cara a nuestro futuro, a esa «Tierra sin males» que buscamos. Por eso GG dialoga no sólo con LC y tantos de aquel tiempo (Córdoba, Palacios Rubio, Cayetano, Sepúlveda, Vitoria, J. Maior, D. Soto, Acosta, D. de Santo Tomás, Fernández de Oviedo, García de Toledo y varios más), sino también con estudiosos actuales de la figura y obra de Las Casas (citados ya al principio de esta nota) y con teólogos e historiadores de España y el Perú, de América y Europa (Abril Castelló, Beltrán de Heredia, Castañeda, Dussel, G. Villoslada, R. Hernández, Lecler, León-Portilla, Leturia, Levillier, Lissón Chávez, Losada, Mánzano, Maravall, Medina, Pereña, Pérez de Tudela, Porras Barrenechea, Queraltó, D. Ramos, Todorov, Vargas Ugarte, Zavala y otros muchos). Abundan las citas de Agustín y Tomás, presentes ya en LC; pero están también las del Vaticano II, de Medellín y Puebla y de sus propias obras y las de otros. **Es un ensayo de ese diálogo**

universal que nos va a tocar hacer, de ese consentimiento general que debemos lograr, hasta la total **reconciliación** que sólo el Amor nos posibilitará un día.

Porque GG, —y este libro es buena prueba de ello—, no es un hombre de rupturas y extremismos, sino de una fidelidad tradicional que le posibilita esa libertad creadora de futuro y esperanza. Una **fidelidad al Evangelio de Jesús en primer término**, que le hace captar las resonancias evangélicas aunque estén en otra onda cultural y teológica; y también denunciar con finura y «parresía» fraterna los errores y tergiversaciones de la fe en su teoría y su práctica (los de Sepúlveda o Montolinía, de Maior o Vitoria y aún del propio LC). Estudiar con tanto ahínco la figura de LC con el transfondo de cinco siglos de evangelización americana, es ya un acto de **amor fiel a esta porción de la Iglesia**; pero además ahí está dialogando con Agustín y Tomás, con Trento y el Vaticano I, con Capéran, Getino, Castañeda, Harent, Medina, Ratzinger o Urdañoz y muchos más. Atento sobre todo al Vaticano II, sin olvidar a León XIII o Pío XII, y menos a Pablo VI o Juan Pablo II. Y cita a Medellín y cita a Puebla, con todo el peso de su magisterio; obviamente aún no está Santo Domingo. Y el diálogo se extiende especialmente a la reflexión latinoamericana: junto a sus propios escritos hay citas de Beozzo, Casaldáliga, Dussel, Hoornaert, Mires, Ruiz Maldonado, Trigo y varios otros. **Y porque cree que América es tierra de esperanza, sueña caminos de liberación**, aunque es de noche. Hay millones de hermanos, pequeños y obstinados, que siguen sufriendo y esperando en estas tierras; y hay hermanos que sueñan como ellos y que caminan juntos; GG conoce y trata sobre todo a los de su Perú natal: Echegaray, Castillo, Dammert, Lassegue, Maguiña, Moreno, N. Thai Hop, C. Romero y otros más del ámbito eclesial; pero también están decenas de otros: Marzal, M. Hernández, Lumberas, Millones, R. Adorno, Burga, Guillén, Rostworowski, Prado Tello y varios señalados ya antes.

Los temas de este diálogo fraterno —por ser cristiano abierto a todo lo que sea humano o humanizante— son cuestiones vitales, de esas que son de siempre: **la violencia y la fe, el poder y la iglesia, la**



libertad y dignidad humana, la vida de los pobres y la salud final, por señalar algunos. GG no da recetas fáciles ni soluciones últimas. No es que oculte sus críticas; ni concilie contrarios; pero tampoco dogmatiza y condena sin pruebas. Sabe disentir y mostrar las razones (casi siempre evangélicas); sabe matizar y hasta negar asertos, sin por ello descalificar otros datos de la misma personas (Un buen ejemplo de ello es la manera de tratar a Vitoria o a Motolinía, por no hablar de Urdañoz o Menéndez Pidal). El libro, como la persona misma de GG es un corazón ancho y un mano tendida, un puente para unir ambas orillas, hoy más bien Sur y Norte. No cree tener la última palabra en ningún punto; más bien sabe «que tenemos que hablar de muchas cosas», para hacernos de veras compañeros: **compañeros de marcha y de esperanza, solidarios, fraternos.** También tiene «no-dichos»; pero ¿quién no los tiene?. Desde mi corta perspectiva, mucho menor que sus amplios horizontes, ya noto algunos; pero no creo que sean omisiones queridas. Pues en definitiva lo que quiere es dialogar con todos los que, venidos de aquí o de allá, fueron y van por **la vida «en busca de los pobres de Jesucristo»**; solidarios en una gran «internacional de la vida» con ellos; y contra todo aquello que los mantiene empobrecidos, para hacer que amanezca más temprano en la historia el Reino que los hace felices y al que vamos.